

## LA POETICA DE PEDRO BERNAOLA

### BRECHA EN LO MUNDANO

La segunda incursión poética de Pedro Bernaola de-  
muestra ese nuevo afán de la poesía española de adoptar  
una profunda actitud de seriedad ante lo circundano. La  
poesía, de pronto, se nos ha puesto seria. No mas juego  
con la palabra perseguida hasta la exhaustación de los  
sentidos. El mundo no es transparente y lo inefable no es  
un arcano. El mundo es esta cosa magnífica cosa oscura y  
enigmática que nace y muere conmigo, late dentro de mi  
propio pulso, desconfía de mí como yo desconfío de él, está  
tan empeñado como lo estoy yo, en emerger de la penumbra.  
Esta reforma de todo un sentido poético anterior está sobria-  
mente expresado en este soneto de Pedro Bernaola:

¡Poder mirar de frente, siquiera en este instante  
sus falsos estrabismos, nuevamente la vida!  
Huronear como niño el bosque murmurante  
y el color sin sonrojo de la flora encendida.

Sorprender en los rostros la paz del traínante  
cuando llega la hora de la cena servida ...  
y escuchar la furiosa vocal exhuberante  
del infante que clama por la madre dormida.

Mirar, en fin, la vida que nunca he conocido  
La vida sin complejos del hombre repartido  
donde el sol es la lucha y la noche el descanso.

Que toda esta amalgama de sueños intrincados  
este empírico gesto y estos puños cerrados  
Quizá ocultan mis ansias del humilde remanso.

Esta tierna alabanza de la existencia, reconstruida dentro de sus imágenes seculares, está trabajada con riguroso verismo. En el poema, aparece la naturaleza abandonada a su noble reposo milenario -el bosque- y una porción de ella esculpida por el vuelo apasionado de los insectos y el abrazo paternal del viento -la flora.- El hombre-poeta se encuentra ante algo que existe sin ayuda de su préstamo sensible. Lo mismo ocurre con la paz cuadrada en el rostro del caminante. Es un dibujo de lo inefable que apenas necesita de la descripción. En el grito del niño que clama por la madre dormida, intuye el sentido exacto de la existencia, y la rebeldía antepuesta a la angustia, la protesta apasionada, la soledad como ultraje. El único trastorno es el llanto del niño todavía incapaz de repartir las horas; se siente despierto cuando los árboles duermen y dormita mientras las manos se aprestan a cuidar de las mieses.

Hay otra existencia trastornada vibrando en los dos tercetos: la del hombre-poeta. El primero es una exposición

de culpa por no haber podido organizar su existencia como todos los demás seres dentro del ritmo solemne de la creación, repartida entre el sol y el descanso. La siente ajena a él, "desconocida", des-zafada de su propia existencia. En el primer terceto estamos ante una reproducción artística de la soledad del ser sumido en el aura enigmática del sueño. En el segundo terceto la recriminación está dirigido contra el sueño, el que le borra la cara a la existencia plácida. El sueño es una palabra difícil para bregar con ella. La mitad de la palabra está dormida y la otra mitad despierta. En ese medio existir del sueño, el hombre-poeta se echa la naturaleza a la espalda, se aparta de la caravana de rostros cansados que caminaban a su lado, apaga la vela de su entendimiento y entra en el ámbito oscuro de lo inverosímil. La realidad adquiere condición sobrenatural; la experiencia queda sin sentido, escasa de razón y ancho su desvarío; la vigila apresada por un párpado de cera, no logra disponer de su rencor. Habría que nacer de nuevo:

¡Ah poder regresar a la simiente  
donde vibra el misterio persistente  
arreciando mas vidas a la vida...!

La simiente es carne y la pulpa amorosa de otra carne que no sabemos de donde viene, aposada como lo está en el lecho tembloroso de la ultra-existencia. El hombre-poeta vive hipnóticamente el tierno terror de la vena hinchada, del vientre convertido en surco dadivoso, de la irrupción del fruto ardido del amor. La simiente le pertenece al mundo diáfano, al rostro claro, al niño con los párpados cosidos durmiendo su primer encuentro virginal con la existencia. En la nueva poesía de Pedro Bernaola, esta lucha del ser por regresar del sueño a la existencia, por coadirse de la cárcel sobrenatural de la existencia trastornada, adquirirá una dramática vigencia. El sueño constituye un voto indeclinable -"Embriagado de nuevo me deslizo, por la oscura vertiente de otro sueño"-; una fuga hacia una pared que no se puede escalar: -"Cuantas veces mis sueños apresados, en esta oscura prisión entristecida, hoy se fugan febriles y alocados, para luego volver"...-; la soledad de las voces en el páramo: -"Ya no buscan mis sueños el eco de otros sueños al cruzar por las sombras espesas de la vida"-; al fin, la agonía mística:

Que si bogo en la rosa quimera de una nube  
que a la estrella mas alta y mas diáfana sube  
yo no falto con eso, Señor, a tus decretos.

Si la estrella y la nube, si la vida y el sueño  
si el dolor de mi carne, fueron sólo tu empeño...  
¿Por qué siento estas culpas, estos miedos secretos?

Lo mundano no es sólo la imagen ciclópea de la creación, sino además una atmósfera de la contradicción sostenida por los brazos sensuales de la existencia, donde se coadyugan en una plétora de significaciones, el bien y el mal, la gracia y lo bestial, la esperanza y la muerte, el éxtasis y la mortificación, la embriaguez dionisiaca y el hastío, el tedio de la palabra y la pasión del verbo. Natural es que la poesía, ciencia inefable de lo transmundano, se enfrente a este bloque contradictorio de la adversidad humana con una ejemplar sutileza salvando la rosa del desdén, la estrella de su desolada arrogancia, volatizando la llama del volcán hasta dejarla situada en la mejilla impoluta de la mujer casta, dándole arrullo a la serpiente, ternura al pulpo y apresando el tiempo bajo la pata de la esfinge.

La poesía auténtica se define ante lo inauténtico por su capacidad para organizar el mundo de los contrarios. El vigor poético que tiene esta nueva poesía de Pedro Bernaola es su exposición de esta contrariedad; primero, como asunto mundano; después, como proposición mística. Los primeros diez

sonetos están dedicados a la descripción de ciertas pasiones del ánimo ante el destino adverso. Un recuerdo de la adolescencia se desploma sobre un cuerpo otoñal (I) perturbando la quietud de las imágenes maduras:

Y espigar otra vez en la encendida  
primavera de límpida vertiente,  
Aunque vuelva el otoño tras la huida...

la flecha del amor le sirve de llave a la puerta del infierno (III) rompiendo la usura de la vida desapasionada; la remisión hasta lo azul de un viejo sueño de casta (IV) empeñado en transformar el mundo; la distancia quimérica que tiende entre el enamorado y su amada (V) el menosprecio de lo sublime; la ausencia borrada por una noche de invierno (VI) que deja soñando la mano del amante; las rosas de la vida adivinadas desde un alto ventanal (VII) único resquicio abierto al mundo; el primer voto de renunciación (VIII) y encuentro con la soledad; la primera sensación de muerte (IX) ante un mundo que va retirándose de los sentidos:

Este morir así, calladamente  
enclavado al madero del ausente  
con el alma atrapada en lejanía.

En el soneto X, lo mundano trota mansamente hacia un vago encierro donde han de sonar voces celestes. Todo el soneto

es un acierto descriptivo de la pasión del ánimo en el cual termina la vanidad y empieza la actividad mística:

Pero nada cambió cuando viniste ...  
Porque al punto sentí la llama triste  
que en mi pecho insistente parpadeaba...

Y yo mismo dudé .. ¿quién avivaba  
mi desprecio al abrazo que trajiste  
:y era Dios! :Era Cristo quien me hablaba!

Si bien los sonetos XI, XII y XIII sugieren la rendición total del ensueño mundano, el caso místico que presenta la poesía de Pedro Bernaola, no persigue la victoria de lo inefable sobre lo mundano, sino mas bien la contradicción entre lo celeste y lo terreno.

El santo invocado es San Francisco de Asis, quien consumió parte de su vida mística junto al hermano lobo, tratando de darle naturaleza seráfica a la bestia por formar parte ambos del complejo bárbarico de la creación.

La religión se revalida ante la conciencia del todo por su capacidad para luchar por el pecador. En la mística tradicional, la incitación proviene de un cielo extraño al pecado, distante a toda congoja humana que nos obliga a volar sobre el bloque sensual que constituye lo humano. Guiado por un instinto poético certero, Pedro Bernaola intuye, en toda su grandeza, otra mejor función de la esencia divina en

la decepción ante lo natural y el reto de la pureza, el eterno problema de la contradicción, ahora entre lo angelico y lo demoníaco, entre lo ascético riguroso y lo venial, entre lo unitario y lo desunido, el arduo dilema, en fin, de todo lo humano. La lucha del ensueño mundano con la esencia transmudana de un Dios entendedor capaz de ayudar al hombre en sus momentos mas culposos, produce un soneto admirable, el XVI:

Quando vuelve la carne como furia encendida  
a correr los cordones que cifien mi capaz  
y me escurro hasta el sitio donde espera aterida  
la caricia y su precio conocido al trasluz...

Quando cesa la carne de morderme la vida  
y agonizo sediento por un sorbo de luz  
y retuerzo las manos por la llave pérdida  
del jardín donde yace impotente mi cruz...

Quando entonces comprendo mi traición y mi hastío  
y me escondo y te grito: -Señor, que estoy desnudo  
y en las sombras tirito de vergüenza y de frío.-

¿Por qué sobre mi espalda presiento yo tu escudo  
y tu voz que al instante responde -Te ayudo-?  
¿Por qué siempre tu lampo de amor en mi extravío?

Este amor incapaz de cobrar su deuda, la inalterable bondad que todo lo modela para el perdón, este brazo poderoso que levanta al hombre en cada caída y junto a él vive el magestuoso



drama de la imperfección, tiene una categoría de santidad superior a la del escrúpulo ascético y al blando pánico del beato.

Como siempre, lo mundano no se rinde con facilidad. Descuadrado en su fe por una duda orgánica, una duda que parece haber nacido con el hombre para servirle de tormento y de esperanza, la congoja religiosa ahora nos parece una pregunta urgiendo una respuesta providencial capaz de borrar los inviernos, repintar los veranos, organizar la vida para la bienandanza.

Primavera no supo develar ni un capullo  
en la huérfana tierra que legaste a mi vida;  
pero vino el verano con su cálido arrullo  
y en frutales y rosas trasmutola encendida.

¡Ay, señor, que insondables resultan tus arcanos!  
Como dejan tus manos que se hielen mis manos  
en la turbida lucha de atrapar este frío...'

Si me negaste abriles ... Si después de mil tedios  
a mi verme insuflaste compasivos remedios,  
¿Por qué ahora el sarcasmo del invierno en mi estío?

El plan poético de la creación permite el descubrimiento de lo mundano su irremediable sumisión al vuelo ascensional del ser humano pero no auspicia restablecer en la tierra el vago ensueño del paraíso, una imagen del tiempo perfecto, perdido en el remoto interludio de lo mundano y lo transmundano.

La segunda actividad mística es contra el designio de mantener la tierra, la vida, viviendo su patriarcal faena de destrucción:

El odio estalla, incendia el horizonte  
y luego de cenizas cubre el monte  
testigo de la muerte y la Ascensión ...

Y yo en mis interiores me pregunto:  
¿por qué, cielo sin voz, por qué ni un punto  
siguiera de tu justa indignación?

La muerte cruenta del Dios-hombre ante los propios ojos misericordiosos de Dios eterno creador, pacificador de los arcanos, angel guerrero de lo celeste y escultor sobrenatural de lo mundano, le parece un absurdo; la redención un acto monstruoso contra la carne amorosa del hijo divino, abandonado por el origen absoluto de su propia divinidad. El último soneto cincelado por la furia mística, mas que una imprecación, parece un lamento:

Y si loco, mi voz como un aullido  
te gritara: -Señor, ¿Como has podido  
consentir esta brecha en tus ideas?-

Y al instante, los chopos, las aldeas  
Conformaran su llanò a mi alarido,  
;Yo en mi pecho matara iras ateas!

Del ensueño hemos pasado a la nostalgia mística. Natural es que en el complejo abisal de lo mundano, el hombre-poeta regrese a las consoladoras imágenes de lo sensible inmediato. También aquí lo mundano se le presenta alterado por una fan-

tasía mas cruenta que el ensueño. La luna está cuadriculada, asfixiada bajo una nube de aparatos científicos que pretenden explorarle sus arcanos cráteres de estaño. Ha muerto "el viejo romance" lunar de la noche venusta tras un "humilde silencio". Como en el caso de la crucifixión de su propio hijo, Dios parece estar dispuesto a recibir otro ultraje en su poder divino, entregarle la primera llave del cielo al científico. Ahora la poesía, aleccionada por la decepción, asumirá un tono elegíaco:

Oh hermosa compañera de mis años menores,  
que tantas noches, triste, te conté mis amores  
mientras tú me arropabas con la luz que no es tuya!

Suplica a las estrellas o al sol, que sin clemencia  
confunda en el espacio toda humana sapiencia,  
y que el viejo romance a tu faz restituya.

Mas hay algo que queda en la frialdad augural de la noche descifrada, algo capaz de revivir en el fondo del ser con una noble sugestión inmortal, cosa viva en el bloque opaco de la pesadilla. Lo mundano tiene que rendirse ante el mito. En uno de esos alardes de virtuosismo poético a que nos tiene acostumbrado Pedro Bernaola, nace un extraordinario soneto, en el cual, vida y arte, sueño y símbolo, rigor estilístico de la palabra sin abolengo artistico pero con una gracia insospecha-

ble, crean esa individualidad expresiva dentro del género,  
que tarde o temprano, va a parar a la antología:

De toda aquella gama de recuerdos  
uno solo en mi mente parpadea.  
¡Uno tan solo! El que insufló la idea  
de oponer a tu amor mis desacuerdos ...

Que los otros, empíricos acuerdos  
¡Mi cincel y tu mármol, galatea!  
Cual resina de alguna innoble tea  
transmutaron su luz en humos lerdos...

¿Que siniestro atavismo me hostigaba?...  
¿Que diabólico genio proyectaba  
mi nostalgia final por tu sonrisa.

Si, en resumen, yo fui la piedra burda  
y tú, supremo canto que a mi absurda,  
tenebrosa objeción, callaste aprisa.

En el rezumar gongorino de un lenguaje sugestivo, sin apenas biografía en que apoyarse, no sabemos si la inducción proviene del calce mitológico a cuyas plantas pelearon sangrientos dioses o de la clara doncella lasciva que pasea su fresca mundaneidad en la Egloga III de Virgilio, o de pastora que nos venga mas cerca dentro del ameno desfile cervantino. Pero en ella, el Supremo canto de la vida, la pasión inmortal rectificada para crear un nuevo ardor contemporáneo, la talla diminuta extraída de un ensueño erudito, resplandeece con un inusitado prestigio.